

# “En la aldea de Stepanchikovo” versión teatral escrita por Washington Lockhart de la novela del mismo nombre del gran escritor ruso Dostoyevski

Esta comedia será presentada en escena el próximo viernes 27 de Junio en la Sala del Glucksmann Palace por el ya prestigioso elenco de la A.M.A.T., siendo de esperar que de lugar a una lucida interpretación.

Del prólogo de dicha publicación extraemos los siguientes pasajes:

«El que quiera salvar su vida, la perderá; pero aquel que da su vida, la tendrá siempre viviente».

En la aldea de Stepanchikovo, la humanidad, Dostoyevski, cristiano fervoroso, vuelve a global como en la mayor parte de sus obras, esa dramática verdad del Evangelio. Pero a diferencia de «Crimen y Castigo», de «Los Hermanos Karamazov», etc., obras en las que profundiza ese planteo hasta sus últimas consecuencias, en «Stepanchikovo» se complacencia—y con qué regocijada suficiencia!—en desarrollar y pormenorizar un conflicto que puede parecer banal; pero que

es banal—subrayémoslo—sólo en apariencia, pues Foma Fomitch y el coronel Yegor, trascendiendo una anécdota común, llegan a corporizar esas dos maneras de salvarse o de perderse que tan hondamente discrimina el Evangelio; digo, «las corporizan» y es que esos dos protagonistas principales no se reducen a ser meros símbolos abstractos, sino que viven con el inconfundible vigor de los hombres reales y carnales.

Foma Fomitch, con su intemperancia diabólica, ocupa por derecho de conquista, un sitio privilegiado en ese pequeño mundo de Stepanchikovo; en él se manifiestan dos notas esenciales de la temática de Dostoyevski: el «humillado» y el «intelectual»; el ofendido, y el desarraigado. Ex-bufón, hombre sin patria, Foma quiere resarcirse de viejas humillaciones y salvar su yo, modo previsto de perderlo. Su individualidad, cortadas todas las amarras con el prójimo, se centra en sí mismo

hasta que llega a creerse el eje del universo. Está siempre hablando de amor, sacrificio, pero el Verbo, en su boca, ha degenerado en vacua retórica; es decir, fuente de incompreensión y odio. Es, por supuesto, un «intelectual»; la peor de las tentaciones es la que toma el camino del intelecto, y es que el intelecto tiene una propensión invencible a independizarse del alma, a crearse un orden autónomo y falaz. Sobrano en ese orden cerrado, Foma necesita dominar, imponerse a alguien, consumar toda clase de chantajes con el bien, con tal de conquistarse una pleitesía que necesita como del aire que respira; su ambición es hacerse «respetable», «Excellencia». Insensible al amor de los hombres, se construye un amor a la ciencia que es mentira pura; al enseñar francés a los lacayos, corre tras el espectro de sí mismo, pretende imponer una cultura sin raíces a falta de la verdadera, de esa que al lacayo Gavriilo, le sobra,

madurada en un contacto amoroso con el mundo que lo rodea.

El coronel Yegor, en oposición a Foma, aparece como un hombre auténtico, verdadero; desdén de todo efecto exterior y de toda conveniencia, no teme ser ridículo o contradictorio; vive a flor de piel, «como un niño», condición establecida para entrar en el Reino de Dios. Pero, por sobre todas las cosas, Yegor es el hombre capaz de renunciar, es decir: capaz de salvarse. Porque la salvación—désele el sentido que se le dé a esta palabra, ortodoxo o no, en este mundo o en el otro—sólo puede alcanzarse mediante el renunciamento. Yegor siente su alma desgarrada al renunciar a Natacha, pero Natacha—su felicidad—le será devuelta y con creces, y en el momento mismo en que la pierde por propia decisión.

Dostoyevski—«el único que me enseñó Psicología» según confesaba Nietzsche—despliega en torno a esos dos personajes centrales, un rosario de vidas singularmente veraces: la Generala y Perepelitzina, absortas en la retórica de Foma; Obnoskine y Mizinchikov, fantoches exangues, maduradamente teatral. Dostoyevski ha do friamente sus maniobras; Tatiana, ebria de sí misma, ávida de dar, buena hasta la locura; la adorable Sachenka, a

el inmaculado Falalei, el noble Gavriilo, y el «hijo de la Naturaleza», Korovkine, sabio a la medida de Yegor, capaz de bajar de su pedestal y exhibir su imagen humillada ante la soberbia puntillosa de Foma y su cohorte. Yegor—conviene aclarar—admira también la ciencia, pero a la distancia, como es debido; humilde sin saberlo—¿qué otro modo hay de serlo?—le rinde pleitesía, pero se confiesa un «ignorante». Su única ciencia es la que sabe su corazón: «¿Por qué se odiarán tanto los hombres?». Inútilmente habrá de preguntárselo. No es la manor de sus virtudes la de ignorar el Mal, ha de perdonar mil veces la tenaz perversidad de Foma; bondadoso y abierto como pocos personajes de Dostoyevski, su pureza en apariencia pueril, se confunde, hecho bien el balance, con la más adulta de las sabidurías.

Stepanchikovo parece haber sido concebido para el teatro. La unidad de acción y de tiempo, el equilibrio formal de las situaciones, la progresión de su trama, le dan a la novela un carácter eminentemente teatral. Dostoyevski ha ce decir en cierto momento a uno de sus personajes: «El último acto de la comedia va a empezar». De ese modo, no

fué excesivamente difícil obtener que esta versión teatral se mantuviera fiel al espíritu de la novela. La estrecha dependencia que establece Dostoyevski entre sus personajes, prohíbe, por otra parte, alteraciones fundamentales. La calidad del diálogo, sugestivo sin desperdicios, hace penosa toda mutilación, a veces, con todo, inevitable. En ciertos pasajes, y en el convencimiento de que el valor del teatro reside en gran parte en su valor como literatura, he preferido conservar esas virtudes específicamente literarias, no decidiéndome a sacrificarlas ante las exigencias que impone una representación teatral.—W. L.

## El Cuero

Su campera está descolorida, el cierre anda mal,

«TALABARTERIA ARREGUI»

le resuelve el problema

Rodó y Gomensoro

## Caja Popular de Mercedes

UNICA INSTITUCION BANCARIA NETAMENTE LOCAL

**Pagamos buena rentabilidad por sus ahorros**

**Realizamos toda clase de operaciones bancarias**

# Barraca